

chileno, pero el argentino manifiesta que el verdadero y real río Encuentro debe encontrarse mucho más al oeste. Finalmente, se coloca el hito en el segundo río.

Steffen comenta este incidente en la siguiente forma: «Ni el comisario de la corte de arbitraje, ni el jefe de la comisión argentina y ni siquiera el delegado de la comisión chilena conocían la topografía y la nomenclatura de la región en que debían colocar hitos de la mayor importancia para señalar el límite entre los dos países. Una mirada al mapa limítrofe presentado por la parte chilena al tribunal... habría sido suficiente para indicar a la comisión la desembocadura del río Encuentro, y en mi *Memoria General* sobre la expedición chilena al Palena-Carrenleufu se encuentran suficientes indicaciones sobre el carácter del río... No me es posible decir si el lugar en que se ubicó el segundo hito por el capitán Dickson es el verdadero río Encuentro, es decir, el río que yo he llamado así». (El río recibió su nombre por Steffen, por haberse efectuado en este punto el encuentro de las dos partes de su expedición al Palena).

Esta pequeña muestra basta para subrayar la importancia de la nueva obra del doctor Steffen.

Naturalmente, además del interés que nos merece por su valor para apreciar la cuestión limítrofe, contiene el libro un sinnúmero de datos geográficos de gran interés y constituye a este respecto una fuente de información de primer orden. El carácter personal que tiene el li-

bro le imprime una nota muy amena y agradable.

Sería de desear que se hiciera pronto una traducción al castellano.—*Carlos Keller R.*

NOVELA

EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO, de Boris Pilniak.

A pesar del trastorno fundamental de toda la nacionalidad rusa, en que el régimen capitalista se sustituye por el comunismo, al precio de millones de vidas y de costosas experiencias, la nativa inclinación de la raza eslava por el arte narrativo no parece ni cambia sus características esenciales.

Son quince años de prueba, sangrientos y dolorosos. Lenín ensaya y ensaya, según su expresión, hasta encontrar el molde que le convenga. La literatura anterior a la guerra se desvanece en una perspectiva lejana y los nuevos escritores, con frecuencia soldados o propagandistas del soviét, atesoran vida y experiencia para sus nuevas creaciones. No existió durante ese tiempo, verdadera literatura rusa sino fuera de Rusia. En Francia se refugiaron numerosos escritores. Kouprin y Bou-nine, entre ellos.

La libertad de la prensa fué suprimida en el estado soviético y los libros que aparecían eran cuidadosamente controlados por la censura revolucionaria.

Tal sistema de control fué instaurado por el soviét para hacer de la literatura un instrumento de propaganda y no consiguió siempre lle-

nar los fines que se propuso. Por más que se atormente la verdad y se la haga esclava de una tesis, ésta asoma a través de la obra del verdadero artista. Y la mayoría de los novelistas de la nueva generación, Pilniak, Babel, Ivanov, Panferow, Gladkow, alejábanse entonces de toda intención doctrinaria, limitándose a reconstituir observaciones personales, sensaciones vividas.

Esto ha salvado el valor artístico de las novelas post-revolucionarias, aunque en la técnica se apartasen por completo de la tradición clásica de Gogol, Tolstoy y aun del propio Gorki.

Se repite, en forma verdaderamente curiosa, un fenómeno idéntico al de la época de los zares. Si las persecuciones de la tiranía zarista desarrollaron extraordinariamente el arte de novelar, que sintetizó en sus ficciones la historia, la poesía, el ensayo y aún la prensa misma, la censura de la República Soviética ha hecho de los novelistas no emigrados el mejor documento de los defectos y cualidades del régimen marxista, puesto en práctica en un país de tipo agrícola y aún no industrializado.

Si antes eran símbolos, de carácter humanitarista como en Tolstoy y Gorki, hoy es un monólogo entrecortado, balbuciente, en que las ideas del escritor van surgiendo, reprimidas a ratos, llenas de exuberancia en otras ocasiones, pero sangrantes de realidad, de dolorosa experiencia.

Salvo excepciones, los novelistas de la nueva Rusia no tienen gran cultura artística. Han aprendido el oficio escribiendo. El material lo

ha dado la vida misma. Se han adaptado, sin retórica, al público de proletarios que los va a leer y aunque esto los diferencie de los novelistas anteriores a la guerra, subsiste el fondo específicamente eslavo de su filosofía.

Se considera a Boris Pilniak como el más representativo de los escritores de la nueva generación. Su obra no es abundante: dos novelas. Algunos cuentos. No ha escrito sino cuando la vida acumulada desbordaba en él y necesariamente debía contar sus luchas y expresar sus ideas, frente a los acontecimientos.

Ingeniero de profesión, se alistó como soldado en la guerra civil contra los blancos, recorrió el país ejerciendo variados oficios (la profesión de escritor no daba para vivir) y más adelante, en plena transformación social, fué jefe de trabajos en numerosas empresas industriales en Moscú y en las llanuras amarillas del Caspio.

Pertenece al grupo de los escritores de la gran tormenta, según la frase de L. Bernstein, y ellos llevan en sí mismos otra tormenta, ya espiritual o técnica, la inquietud de lo nuevo, la inclinación decidida a todas las audacias. Son productos de la circunstancias y están habituados a las sorpresas de la nueva situación. De ahí el desorden de su procedimiento, que reflejan las fluctuaciones de la tragedia de Octubre. Sin quererlo, historiadores del misterioso desquiciamiento de la armazón europea de la Rusia, en el fondo oriental y fiel a su vieja raíz escita.

En 1920 se publicó su *Año des.*

nudo. Fué el período más terrible de la revolución de Octubre. Ese año aparece desnudo, según Pilniak, en la ciega implacabilidad de la hecatombe, particularmente en el alucinante rodar, a través de la estepa desolada, de esos trenes de aprovisionamiento que llevaban, hacinados y casi agónicos, hacia las fértiles tierras del sur, a los hambreados habitantes de las ciudades del centro.

Para las autoridades soviéticas *El Año Desnudo* fué un libro excesivamente franco. Mostraba con cruda realidad la desolación y el desorden, al ser humano convertido en una bestia famélica, sin Dios ni ley, a la familia disuelta, a la civilización retrogradada la época del hombre primitivo. A pesar de sus arraigadas ideas comunistas, Pilniak se hizo sospechoso a los comisarios del pueblo.

Pero ese oscuro período de gestación empieza a tomar forma y a iluminarse en los últimos tiempos. Los lazos con el pasado burgués están rotos. Es una nueva civilización y una nueva moral las que están en camino.

Panait Istrati preguntaba al propio Pilniak sobre el problema del individuo en Rusia y éste respondía: Antes era el hombre frente al mundo. Ahora somos nosotros y el mundo. Y agrega: el escritor debe estar en contacto, no sólo con la vida corriente sino con la producción industrial y con la reconstrucción socialista.

Y esta doctrina de solidaridad, este soplo de colectivización, es el que anima su última novela: *El Volga desemboca en el mar Caspio* (1).

(1) Ediciones «Hoy», Madrid. 1931.

Algo del espíritu mesiánico que formó el humanitarismo de Emilio Zola hay en las novelas últimas de los escritores comunistas. Brusski, de F. Panferow, *El Cemento* de F. Gladkow y la novela de Pilniak recuerdan *Fecundidad y Trabajo*.

El protagonista es un ingeniero, Pimene Sergueievitch. Aunque se ha educado en las antiguas universidades burguesas, es un comunista. Ha sabido desprenderse del egoísmo agresivo de la vieja civilización para sustituirlo por un altruísmo solidario que es la característica del nuevo régimen. La desgracia, siendo aún muy joven, lo ha perseguido. Su hogar se deshizo al comenzar la lucha por la vida. Mujer e hijos lo abandonaron; pero su moral no se desplomó por eso. Siguió solo su camino. Como un redentor, lleva una estrella en la frente. Su hogar es, ahora, la colectividad. Y sobre la colectividad, el género humano. Su talento se consagra a salvar sententa millones de hombres. Es un mundo el que va a conquistar el bienestar, mediante su esfuerzo constructivo. El desierto es el enemigo del género humano. La Arabia, la Mesopotamia, la hundida Atlántida, fueron aniquilados por las arenas, que llevaban los vientos áridos y las sequías. El desierto es más espantable que las guerras. Pimene Sergueievitch ha elaborado un proyecto para detener el avance mortífero de las arenas.

Este proyecto consiste en cortar el curso del Volga y arrojarlo en las arenas cercanas al Caspio. En este desierto se formarán nuevos lagos y nuevos ríos. Sólo una parte del Vol-

ga correrá al mar y el resto de las aguas dará vida a las tierras áridas, donde crecerán el algodón y el arroz. El nuevo río cambiará el clima y hará del desierto una tierra de promisión.

No es preciso ahondar mucho para comprender la intención simbólica que, como una agua subterránea, corre a través del libro de Pilniak. El esfuerzo humano, domando las fuerzas naturales, está creando otra civilización, fundada en el trabajo colectivo, donde técnicos y obreros son iguales, liberando, por fin, a la humanidad, mediante la fuerza de una moral emancipada.

La gran obra hidráulica que dirige P. Sergueievitch, con ser el elemento épico de la novela, no es toda la novela.

Frente al héroe, como una vuelta a las epopeyas primitivas que cantaron el nacimiento de los pueblos, está el antagonista, el ingeniero Poltorak que lleva en su sangre el egoísmo sin piedad de la burguesía capitalista. Junto a la castidad varonil de la comunista Pimenovna, la mujer de un solo hombre, Nadiejda Antonovna, la mujer de muchos hombres, que formula cínicamente los cánones de su moral:

—Las naciones mueren, dice, pero yo daré a luz un hijo, engendrado por una época. Estoy contenta de no saber quien es su padre.

Y Fiodor Yvanovitch, María Fiodorovna, Viera Grigorievna, Ivan Ojzoff y todos los personajes que aparecen y mueren a lo largo de la novela, movidos por los resortes de una técnica arbitraria, pero viva, sin división de capítulos, lírica a ratos, épica y descriptiva en sus líneas

generales, dan la sensación de un mundo virgen, en adolescencia, como lo soñó en épocas pretéritas algún vidente, indignado por las injusticias que él observaba en torno suyo y no podía remediar.—*Mariano Latorre.*

HISTORIA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, LA BASTILLA, por *Thomas Carlyle.*

Espíritu ácido y corrosivo el de Carlyle, desmenuzador de las aparentes buenas intenciones, pesimista de la generosidad y del heroísmo, para quien ningún pensamiento ajeno quedó oculto, historiador amargo, traza en estas páginas, soberbias páginas, un grabado en acero de la primera época de la Revolución Francesa. Perfectamente documentado, minuciosamente documentado en memorias y papeles, no se deja arrastrar por la simpatía que a éste o a aquél inspiraron los héroes de la jornada. El tiene su lente, él tiene su lupa, lente y lupa con que mira a través de los cuerpos y de las almas, descubriendo hasta la más pequeña estría.

¿Qué personaje hay simpático, para Carlyle, entre todos los que figuran en este primer ciclo? Uno solo escapa a su juicio terrible: el ugiere Maillard, el simple y valiente Maillard, en cuyas actividades revolucionarias solo ve, hasta el momento en que termina esta primera etapa de la revolución, un entusiasmo revolucionario puro. Los demás, empezando por Luis XV, encuentran